

vertieron la sangre de sacerdotes inocentes... y se dijo á la juventud. ¡Temedlos!.. ¡Esos son los enemigos del orden y de la sociedad!... ¡Cuán cierto es que el árbol malo no puede dar buen fruto (1)! ¡Gran Dios! ¡Dios Eterno! ¿No es vuestro norte la justicia? ¿Cómo no habeis enviado castigos terribles que hagan conocer vuestra justa indignacion por tantos escándalos? Pero que otra cosa significan esas epidemias desoladoras, esas guerras de partidos, la terrible plaga del hambre que ya muchas veces háse dejado sentir entre nosotros, sino castigos del Omnipotente. Y si mayores no se han experimentado, es porque la religion católica tiene profundas raices en los corazones españoles: es porque todavía ha habido personas justas que han rogado sin cesar: es, y lo digo para el mayor gozo y para nuestro consuelo, porque la Madre de Dios, en el misterio de su Concepcion en gracia, es la patrona de nuestra España; es nuestra Madre, y á pesar de la corrupcion y de nuestros pecados, ruega continuamente por la felicidad de esta trabajada nacion, á la que siempre ha dado pruebas de su proteccion benéfica desde el momento en que se dignó aparecerse en el célebre Pilar de Zaragoza. ¡Gloria á Dios cuyas misericordias no tienen número! ¡Gloria tambien á María, corredentora del mundo, que es nuestra esperanza y áncora de salvacion.

Yo veo con gozo de mi corazon, que á la época triste que hemos atravesado va sucediendo otra de regeneracion: veo que vá renaciendo la piedad, que no se habia estinguido, y que solo se habia resfriado: veo la juventud acudir á los templos deseosa de escuchar

(1) Non est enim arbor bona, quæ facit fructus malus: neque arbor malá, faciens fructum bonum. Luc. cap. VI. v. 43.

la palabra que mantiene el alma: veo á nuestros venerables pastores ocupando sus sillas y dirigiendo á sus ovejas por los caminos de la paz; veo que ya no está de moda la impiedad, y que el culto de Dios se sostiene si no con brillantez, al menos con decoro. Yo creo, hermanos míos, que todo es debido á la alta influencia de la Virgen si mancilla, pues que observo la gran devocion que la profesan los españoles, y María es la aurora que precede al sol divino de justicia Cristo Jesus.

¿Os espantaban tal vez los terribles efectos del escándalo? Pues tratad de evitarlo vosotros. Si sois formados á la imágen y semejanza de Dios, si sois hijos de Jesucristo, ¿cómo quereis ser cooperadores del demonio en la ruina de las almas? Por que no otra cosa hace el escandaloso que cooperar con el demonio á arrebatarse las almas á Jesucristo. El escandaloso es de peor condicion que el ladrón y es más difícil que alcance el perdón de sus pecados. El ladrón puede restituir, pero el que ha robado la inocencia del prójimo, enseñándole á pecar, el que ha logrado imprimir en el corazon de otros ideas ó doctrinas contrarias á la moral de Jesucristo, ¿cómo le devolverá su inocencia ó su piedad? Vosotros los que blasfemais en presencia de los pequeñuelos enseñándoles á que os imiten, conoced á que castigo os hareis acreedores por vuestro escándalo, cuando dice el Señor estas terminantes palabras: «á aquel que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado su pecado (1).» Quiere darnos á comprender con esto, que como la blasfemia es propia de un corazon empedernido, es dificultoso que

(1) Luc. cap. X.  
Tomo IV.

el blasfemo, y mucho mas el blasfemo que ha hecho discípulos, se convierta y alcance el perdon de sus pecados.

Tratad, pues, de evitar el escándalo, y tened presente que hay muchos escándalos, que el mundo no los reconoce por tales escándalos, pero no por eso, dejan de tener las mismas funestas consecuencias. Escandaliza por que incita el deseo de pecar, la mujer que por seguir los caprichos de la moda se adorna con profusion, y se presenta en público, con trajes inmodestos; escandaliza aquella otra que sostiene un trato indebido que por mas que para ella sea inocente, se convierta en una red que aprisiona el corazon de aquella otra persona. Por último, escandaliza el rico que no hace limosnas para socorrer al pobre que es su hermano; escandaliza al pobre que mal avenido con el estado en que le ha colocado la Providencia murmura de Dios y blasfema desesperado de su miserable estado, y escandalizan, en suma, esas personas que tienen por costumbre el murmurar de las acciones de todos y en hacer públicos los defectos de sus prójimos. Este vicio de la murmuracion que tanto escándalo produce, es muy comun por desgracia entre las mujeres; cuánto mejor harian en ocuparse en obras de piedad y en sus faenas domésticas, que en cargarse con pecados ajenos que hacen propios por la murmuracion. Ni os valdrá, ni servirá de excusa decir que el escándalo lo cometió el que hizo el pecado, pues que vosotros no haceis mas que referir lo que sabeis. Los verdaderos escandalosos sois vosotros, toda vez que haceis público lo que no era, y el Señor que está dispuesto á perdonar el pecado, no lo está tanto á perdonar al escandaloso. Y ya que hemos visto las gravísimas consecuen-

cias del escándalo dado, veamos ahora como el escándalo recibido denota poca caridad y es necesario evitarlo.

## SEGUNDA PARTE.

La caridad cristiana exige de nosotros que jamás nos escandalicemos de las obras de nuestros prójimos á los que debemos amar como hermanos, ora sea justo, ora pecador. La mayor parte de los cristianos y entre ellos no pocos de los piadosos que frecuentan los sacramentos, escandalizanse no solo de las acciones malas, sino aun de las buenas que á ellos se les figuran malas. Antes no tengo dificultad en llamarles fariseos en el modo de obrar. Por que en efecto, los fariseos escandalizábanse hasta de los prodigios que veian obrar á Jesucristo, de que decian que lanzaba los demonios en virtud de Belzebú, principe de los demonios (1). Al ver al enfermo de la piscina á quien el Señor concedió milagrosamente la salud, murmuraban de él, porque siendo dia de sábado, iba cargado con su camilla, en lo que no hacia otra cosa que cumplir la voluntad del que le habia curado (2). Si oyen la predicacion de Jesucristo, tambien se escandalizan de su doctrina (3). ¿Y quiénes eran esos fariseos que así eran tan fáciles de escandalizarse? No creais que eran hombres llenos de virtudes, puros de conciencia y rectos en su proceder. Eran por el contrario hombres

(1) — Quidam autem ex eis dixerunt: In Beelzebub principe demoniorum ejecit demonia. Luc. cap. XI, v. 15.

(2) — Dicebant ergo Judæi illi, qui sanatus fuerat: Sabbatum est, non licet tibi tollere grabatum tuum. Joan. cap. V, v. 10.

(3) — Tunc accedentes discipuli ejus, dixerunt ei: Scis quia pharisæi auditó verbo hoc, scandalizati sunt? Math. cap. XV, v. 12.

que se autorizaban entre sí los escándalos mayores: eran hombres de un falso celo, que querían ver virtudes en los demás aunque ellos estuviesen lejos de practicarlas: eran, en suma, unos hipócritas.

¿De dónde nace, señores, el escandalizarse? ¿Cuál es la raíz que produce ese escándalo que fomenta la murmuración, con la que se echa por tierra la honra del prójimo? Observad las cualidades del que se escandaliza y las de aquel de quien se escandaliza; y presto vendreis en conocimiento de que todo nace de la envidia. Porque en efecto, la envidia es un monstruo de cien cabezas, que nos acomete y nos mata, sin que nosotros nos apercibamos de ello. Un hombre ve la suerte de otro á quien la Providencia de Dios, que todo lo gobierna en peso, número y medida, ha colmado de riquezas: la envidia se apodera de su corazón, porque desea tener tanto como aquel; como esto no le es posible conseguirlo, le mira con mala voluntad, y escandalizándose hasta de sus más inocentes acciones hácelas públicas, no como ellas son, sino haciéndolas aparecer pecaminosas. Sostiene un trato frecuente con una familia, á quien tal vez visita para socorrer sus necesidades, y el envidioso escandalizado de esto no tiene reparo en afirmar que entra en aquella casa con fines reprehensibles. Consigue otro por sus méritos un puesto elevado en la sociedad; el envidioso, que tal vez está muy lejos de poder competir con él, se cree más acreedor, y se contenta con publicar que el otro ha conseguido el puesto que ocupa manejando las armas del interés ó de la intriga. Digo poco, y me refiero á personas que pasan por devotas: no solo se escandalizan muchos de las acciones indiferentes, sino hasta de aquellas que llevan marcado el sello de bon-

dad. Hay por ejemplo una persona á la que el devoto no está acostumbrado á ver en la Iglesia; pero llega un día en que la ve confesarse y después llegarse á recibir el pan eucarístico en la mesa de los ángeles. Esto lejos de servir de edificación, sirve también de escándalo á algunos, y sirve para sostener conversaciones sobre si lo habrá hecho por el qué dirán ó por verdadero conocimiento.

No hay cosa que más mortifique el corazón del envidioso, que escuchar alabanzas ajenas, cuando todas las quisiera para sí, y este es el mayor motivo de tantos escándalos recibidos; empero donde es más común el recibir escándalo es en el sexo que se dedica á estudiar el arte de agradar y atraer los corazones: cada una de las mujeres quisiera ser sola en hermosura, en afeabilidad, en bienes de fortuna; le estorba y despierta su envidia otra que se presenta con más gala y más profusión de adornos, y haría cuanto le fuese posible porque no se presentase en la concurrencia otra á quien la naturaleza haya prodigado más gracias que á ella. Necesariamente la envidia le produce el escándalo; y la hace usar cuando menos de palabras equívocas para hacerle perder la estimación en que está para hacerla parecer á los ojos del mundo si no de malas costumbres, al menos loca ó veleidosa.

Personas hay también que se escandalizan, porque siendo apocadas y de genio melancólico, ven á otras de diverso genio que se divierten lícitamente, que rien ó hacen reír con sus gracias naturales. ¡Qué motivo de escándalo para el pusilánime! pues qué, ¿es la religión un yugo tan pesado, que prohíba al hombre tener sociedad, alegrarse y distraerse, no pasando de los límites de la honestidad y gravedad propias de

un cristiano? ¿Pues quién sino el Evangelio ha civilizado al mundo? ¿No ha unido á los hombres con los vínculos hermosos de la caridad? No nos manda que nos amemos como hermanos, que nos visitemos y consolemos en nuestras desgracias, y que nos auxiliemos mutuamente? ¿Qué objeto, pues, tiene ese escándalo inoportuno? ¿No es una prueba innegable que el que se escandaliza demuestra desconocer todos los principios de la caridad cristiana? Así es, mis hermanos, porque la caridad, como dice el Apóstol, es paciente, es benigna, no es envidiosa; no busca su provecho, no piesan mal, todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (1).

A vista de estas definiciones que de la caridad nos da San Pablo, ¿no comprendereis que faltan á esta virtud, reina de todas las demas y fundamento de la religion católica, aquellos que por la envidia son arrastrados á escandalizarse de las acciones de los prójimos? ¿Y qué deberemos hacer nosotros para evitar por nuestra parte el mal? Procurar no dar lugar á que se escandalice el mundo con nuestras obras; vivir con rectitud, medir nuestras palabras, y tratar de dar buen ejemplo á nuestros prójimos. Si á pesar de esto servimos de escándalo, podremos consolarnos con que la culpa no es nuestra, y con el recuerdo de que siendo Jesucristo la santidad por esencia, fué tambien en sus obras y predicacion objeto de escándalo para el fariseo.

Reasumamos, mis hermanos, cuanto llevamos dicho sobre esta materia. Nunca han sido los escándalos tan frecuentes como en nuestros días: hoy escan-

(1) I ad Corinth. cap. XIII, v. 4 et seq.

dalizan los ancianos, los jóvenes y aun los niños; escandaliza la viuda, la casada y aun la doncella, en la que el pudor y la vergüenza debe ser su principal adorno; y el ver tal corrupcion de costumbres, y tanta desenvoltura, y tanto alarde de impiedad, y tanta profanacion de templos, y tantos y tan repetidos escándalos, es lo que me hace temer si estará cercano el dia en que tenga cumplimiento entre nosotros la sentencia del Salvador que sirvió de tema al presente discurso: *Auferetur á vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructos ejus*. Trabajad, pues, vosotros mis hermanos, y trabajemos todos, á fin de evitar por nuestra parte que irritada la cólera del Señor, levante su brazo y nos castigue dejándonos en el abandono en que dejó al pueblo de Israel, antes tan favorecido. Trabajemos porque la fé no nos sea quitada y trasladada á otras gentes que hagan mejores frutos que nosotros.

Habeis visto, mis hermanos, los castigos que el Señor reserva para los escandalosos; habeis visto que el escándalo es un pecado grave por sus consecuencias; habeis tambien oido que dijo Jesucristo (lo repetiré para que no lo olvideis) que el que escandaliza á los pequeños, es digno de que se le ate una piedra de molino al cuello y se arroje al mar. Procurad por lo tanto sed cooperadores de Jesucristo, atrayendo á los pequeños con vuestras obras y ejemplos á la observancia de la religion, y no seais cooperadores del demonio en la inicua obra de la destruccion y ruina de la caridad cristiana. Y huyendo de un pecado tan enorme y de tamañas consécuencias, procurad tambien no escandalizaros vosotros de las acciones de vuestros prójimos; pensad bien de todas las criaturas; huid de pensamien-

tos ó juicios temerarios; cubrid con el manto brillante de la caridad los defectos de vuestros hermanos, y de este modo no dudeis que agradareis á Jesucristo, cuya caridad le hizo verter su sangre por salvarnos en el madero de la cruz. Pensad de vuestros prójimos como quisierais que pensarán de vosotros; dispensadles el bien que quisierais recibir, y la recompensa de vuestra caridad cristiana será la posesion de la gloria que os deseo. *Amen.*

## SERMON 1.º

### PARA LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

#### Deberes de los padres de familia en orden á la educacion y enseñanza de sus hijos.

*Si autem ego in Beelzebub ejicio demonia, filii vestri in quo ejiciunt? Ideo ipsi judices vestri erunt.*

Pues si yo por virtud de Beelzebub lanzo los demonios, ¿vuestros hijos en virtud de quién los lanzan? Por esto, ellos serán vuestros jueces.

Luc. cap. XI, v. 18.

No hay palabra ociosa en el Evangelio: no hay una sola que no se encamine al mayor bien del hombre, instruyéndole y enseñándole á caminar por los senderos de la virtud que dirigen con rectitud á la patria de los bienaventurados. En el Evangelio que la Iglesia nuestra madre nos ha leído en este día encuentro un gran fondo de instruccion para los padres de familias. Nadie ignora la obligacion que á estos impone la religion y los deberes que tienen de trabajar por su parte cuanto les sea posible para formar